



Ilustración: Hidra Cabero

A propósito de la tesis de Neil Heyman (primera parte)

TROTSKY COMO PENSADOR MILITAR

LETIZIA VALEIRAS Y FERNANDO CASTELLÁ

Comité de redacción.

Aunque circulan muchos artículos sobre Trotsky como dirigente del Ejército Rojo, existen en la actualidad pocos trabajos pormenorizados que abarquen los orígenes y el desarrollo integral de sus ideas militares. Con esta misma certeza presente, ya en la década de 1970 Neil Heyman, profesor de Historia en la Universidad de San Diego, California, llevó adelante uno de los estudios pioneros sobre la temática. Participó en el Ejército de Estados Unidos como lingüista ruso y alemán, lo que probablemente lo haya llevado a conocer la historia rusa en profundidad (sobre la que publicó varios libros), la propia figura de Trotsky, y a acceder a sus obras completas en su idioma original, incluyendo los artículos periodísticos que el dirigente del Ejército Rojo publicó sobre la guerra de los Balcanes (1912-1913), que constituyen la base para la

primer parte de la tesis doctoral de Heyman, que nunca fue publicada: *Leon Trotsky as a military thinker* (León Trotsky como pensador militar).

El fundamento de su investigación no resultó forzado: por un lado, la importancia de la figura del revolucionario ruso, quien fuera Comisario de Guerra de la URSS entre 1918 y 1925, y el principal dirigente del Ejército Rojo y, por otro, su condición de cerebro organizador de un ejército obrero sobre la base del viejo ejército zarista, situación que, como veremos, implicó incluso la oposición abierta de muchos bolcheviques.


Heyman analiza tres ejes conectados entre sí que recorren las posiciones militares de Trotsky: las características propias de un ejército –su naturaleza–; la relación entre una estructura social determinada y sus ideas militares y

las instituciones que ésta crea; y la relación entre el marxismo y los asuntos militares.

En este artículo nos detendremos en los primeros capítulos de la tesis de Heyman, donde desarrolla su punto de vista sobre lo que considera el primer esbozo del pensamiento militar del joven Trotsky, que forma parte del programa socialdemócrata: milicias populares, “el pueblo en armas”, en reemplazo del ejército regular (el programa que el marxismo de la II Internacional tomara de Babeuf).

Entre los primeros años y la revolución de 1905

Durante los primeros años de desarrollo de la socialdemocracia rusa el problema militar no formaba parte del pensamiento de Trotsky, ni de Lenin. Pero la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, y la revolución rusa de 1905 que le



sucede como consecuencia, cambiarían rápidamente ese panorama, y ambos revolucionarios serían los primeros en estudiar el problema militar, retomando a Clausewitz.

A principios del siglo XX, los Balcanes eran una zona con múltiples nacionalidades atravesada por reiterados intentos independentistas, en el marco de la caída del Imperio Otomano y de la creciente rivalidad entre Rusia y Austria-Hungría por hegemonizarla. En este contexto Heyman destaca el temprano señalamiento de Trotsky en un artículo de *Iskra*¹ en 1902, acerca de la contradicción política que suponía una intervención zarista en esa zona mediante el envío de “soldados-opresores” rusos para “liberar” a los Balcanes: una posición que luego él mismo desarrollaría en su aspecto político junto a Lenin, al definir el principio del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades.

Para Heyman lo destacable en esos primeros años en Trotsky, son algunas definiciones surgidas de sus observaciones de la derrota del régimen del Zar a manos del Ejército Imperial japonés en 1905, acerca de la naturaleza del ejército: lo que denominó la “hipnosis de los cuarteles”, esa creencia que se expande entre los soldados sobre la invencibilidad de un ejército y la lealtad al régimen y a una causa nacional, puede romperse, dejando desnuda la naturaleza última de la organización y cohesión militar: los mecanismos de disciplina. En este sentido y como parte del esfuerzo por llevar al triunfo la revolución primero, y de las conclusiones de la derrota más adelante², Trotsky desprende el papel fundamental que las movilizaciones de masas y las insurrecciones pueden ejercer sobre sectores del ejército regular.

Heyman señala que Trotsky todavía conservaba un esquema que combinaba propaganda con bombas de dinamita en escenarios de movilizaciones de masas, como vía para romper los lazos entre el cuerpo de oficiales y la tropa, aunque estaba impresionado por el sistema organizativo de un ejército regular, que tenía la capacidad de sacar hombres de sus lugares de origen entre las masas, uniformarlos y entrenarlos para servir y morir por el régimen. Según el autor serían las conclusiones de 1905 las que lo llevarían a pensar la insurrección como un *mejor*

entrenamiento que los cuarteles; a ver la impotencia del ejército ante las tácticas de golpes sorpresivos de los trabajadores, y a cambiar su táctica de agitación sobre las tropas por la de explotar el problema de la composición de clases interna dentro del ejército: oficiales de la alta burguesía oprimiendo una tropa compuesta por obreros y campesinos pobres.

Heyman considera que Trotsky no había pensado el problema de la milicia en profundidad, aunque la derrota de la revolución de 1905 pone en cuestión su factibilidad: sin oficiales entrenados y sin un mayor grado de organización es muy difícil derrotar a un ejército regular. Asimismo agrega otro límite: el de su hipotética utilidad a la hora de defender un futuro gobierno obrero ante una intervención extranjera, cuestión que sería determinante entre sus posteriores argumentos para la creación del Ejército Rojo. Lo que Heyman no tiene en cuenta, al señalar que Trotsky aún veía hacia 1905 el Ejército como una mera herramienta de la reacción, es que el problema de la construcción de un ejército proletario que defendiera un estado obrero, aún no estaba planteado porque no estaban presentes tampoco todos sus elementos en el terreno de la lucha real de la clase obrera mundial. Se trataría de un problema nuevo: sería el laboratorio de la derrota de 1905 primero, y el triunfo de la insurrección en 1917 después, el fermento para que las ideas de Trotsky pudieran tomar cuerpo en el movimiento real. En los próximos artículos analizaremos cómo Trotsky seguirá desarrollando y combinando estos elementos hasta la formación del Ejército Rojo luego de la revolución.

En el célebre alegato que Trotsky realiza en defensa de la insurrección de Petrogrado en 1905, quedan sintetizados dos elementos que Heyman omite en su trabajo; por un lado una concepción ya mucho más madura, producto de la experiencia en su rol como dirigente del soviét, sobre el problema del quiebre y la sublevación del Ejército:

¿Qué condiciones juzgábamos necesarias para el éxito de la insurrección? ¡La simpatía de las tropas! Lo primero de todo era atraer al ejército de nuestro lado. Hacer entender a los

soldados el vergonzoso papel que juegan y llamarles a unir su acción a la del pueblo. Ésta era la tarea que nos imponíamos en primer lugar. Ya he dicho que la huelga de noviembre, nacida como una muestra generosa de solidaridad activa con los marineros amenazados por la sentencia de muerte, tuvo además una enorme importancia política, pues atrajo hacia el proletariado la atención y la simpatía del ejército. (...) Entonces, ¿bajo qué condiciones pensábamos entonces, y pensamos ahora, que se puede esperar el paso del ejército al lado de la revolución? ¿Qué se requiere para ello? ¿Ametralladoras? ¿Fusiles? No hay duda de que si los obreros dispusieran de ametralladoras y fusiles, tendrían un enorme poder en sus manos y no existiría siquiera la necesidad de una insurrección. Un ejército intimidado pondría sus armas a los pies del pueblo armado³.

Por otro lado, Trotsky destaca la importancia que reviste –en una *traducción peculiar* de la teoría de Clausewitz al contexto de la guerra civil– el factor moral, tanto respecto de la decisión de las masas de no rehuir el combate cuando luchan por su propia causa –a diferencia de los soldados del ejército zarista, que peleaban por intereses ajenos–; como en relación con el rol que juegan las barricadas que, como vía de contacto “más íntimo” entre los trabajadores y los soldados, ayudan a disolver los mecanismos de disciplina del ejército.

A pesar de la importancia de las armas, ésa no es, señores jueces, la fuerza principal. Lo que en última instancia garantiza, en nuestra opinión, la victoria de la insurrección popular no es, señores jueces, *la capacidad de las masas para matar sino su enorme disposición para morir*⁴.

La guerra de los Balcanes. 1912-1913

En este apartado Heyman reflexiona en torno a la labor de Trotsky como periodista en la guerra de los Balcanes, que abarcó una gran cantidad de problemas militares prácticos, y fue preparatorio para 1914 y 1917. En los Balcanes se enfrentaban masas de campesinos semientrenados, pertrechados con armas modernas, pero con medios sistemas de suministros, un sistema médico »

primitivo y agudos antagonismos nacionales. A eso se sumaban unidades irregulares de partisanos de distintas nacionalidades que trabajaban bien ligados a unidades regulares y supervisados por oficiales pero que, al no haber combates, degeneraban en bandas que seguían viviendo del robo y el saqueo. Su participación –aunque como testigo indirecto– en una guerra real modificaría enormemente su visión, que se debatiría en una lucha permanente por conciliar sus respuestas políticas con sus emociones y sentimientos frente a la guerra, notando cómo la guerra sacude todo, desde la economía y la política hasta el estado de ánimo de las masas. Esta experiencia, señala Heyman, es la que hace girar a Trotsky hacia una visión clausewitziana de la guerra como una herramienta de los diferentes gobiernos (la célebre frase del militar prusiano de la “continuación de la política por otros medios”) *aunque con fuerzas motoras y reglas propias*, y centrada en la relación entre la estructura social y el ejército de un país en guerra.

Aunque el joven Trotsky comprendiera y justificara el carácter de la guerra de liberación nacional contra la dominación turca, no dejaba de resultarle una muestra más de lo que la barbarie capitalista era capaz de producir:

...ahora viene una guerra y muestra que todavía no hemos salido ni arrastrándonos en cuatro patas de la etapa bárbara de nuestra historia. Hemos aprendido a vestirnos con tirantes, a escribir editoriales inteligentes y a hacer leche chocolatada, pero cuando tenemos que decidir seriamente sobre la cuestión de la existencia de algunas tribus en una rica península de Europa, somos impotentes para encontrar otra forma de resolverlo que no sea la mutua masacre masiva⁵.

Heyman sostiene que el contacto que Trotsky estableció con los grupos de partisanos (Chetniks, macedonios o búlgaros) que actuaban en acuerdo con el ejército búlgaro contra Turquía, y su conocimiento de la revolución de 1908 iniciada por un sector del ejército turco⁶, lo llevó a una nueva visión: los ejércitos partisanos, tipo milicias –destacamentos irregulares de hombres armados–, cumplen un rol en una primera etapa del conflicto, pero su acción debe concluir cuando ya se encuentran en condiciones de hacerse cargo del terreno fuerzas

mejor organizadas y mayores numéricamente. En esta época Trotsky introduce una nueva y fundamental definición: *aspectos de la disciplina militar pueden ser necesarios para la revolución*⁷.

Por último, Heyman resalta el enorme interés de Trotsky en los aspectos psicológicos de la cuestión militar –la reacción individual ante el combate, el significado de la guerra para el soldado, etc.– que continúa estudiando durante la I Guerra Mundial y *puede haber constituido una importante influencia para su rol en la dirección del Ejército Rojo*, de la misma forma que su análisis sobre los factores que hacían posible la cohesión de un ejército, a saber: los individuos que funcionan como líderes naturales (sin ser necesariamente oficiales); el temor a lo desconocido entre los soldados movilizados y la unidad con el grupo; el entrenamiento militar que evita la anarquía (elementos que, en la I Guerra Mundial, va a tomar como ejemplos de lo que en Clausewitz representan la “doctrina y ejercicio”: la disciplina impuesta al soldado y el rol del entrenamiento como preparatorio). Trotsky concluye, respecto de sus ideas anteriores, que la disciplina en sí misma no cohesiona, pero que combinada con el odio al enemigo, compone un elemento vital de todo ejército, aunque su control y dirección en términos absolutos sea finalmente imposible. Heyman sintetiza así la experiencia de los Balcanes:

Sin embargo, el episodio de los Balcanes fue invaluable. Trotsky había visto ejércitos en acción. Había hablado con hombres de todos los rangos. Había notado los problemas prácticos que presentaban las operaciones militares. Tuvo la oportunidad de comparar una variedad de fuerzas en lucha, para ver cuáles intervenían bien y cuáles mal. Se había familiarizado personalmente con el fenómeno militar de los partisanos y el estado de guerra. Había sido testigo de la fuerza y las limitaciones de la disciplina militar. Fue, después de todo, una base única para un futuro miembro de los círculos bolcheviques. Pronto se convirtió en una invaluable⁸.

Independientemente de las discusiones que puedan hacerse, en estos primeros escritos de Trotsky sobre el aspecto militar, el análisis que Heyman hace sobre los tres elementos señalados demuestra cómo el desarrollo del pensamiento

de Trotsky por un lado no descuida los factores sociales al analizar una guerra y sus ejércitos (los elementos de clase, de nacionalidades, etc., dentro de los propios ejércitos), pero tampoco los que son específicos de su naturaleza como la psicología, la disciplina, la fuerza moral, etc.

El pensamiento militar de Trotsky se profundizará considerablemente a partir de la I Guerra Mundial –la primera guerra de carácter interimperialista que modificaría el escenario mundial y al propio marxismo llevando a la ruptura de la II Internacional y a un nuevo salto teórico por parte de su ala izquierda revolucionaria, encarnada por Lenin y Trotsky–, y muy especialmente a propósito de la toma del poder en Octubre de 1917. Continuaremos con el análisis de Heyman en próximos artículos. ●

1. Periódico dirigido por Lenin que la Socialdemocracia rusa editaba desde el exilio, en Zurich.

2. Harold Nelson enmarca estas conclusiones en los debates del IV y V Congreso del POSDR, durante 1906 y 1907, como desarrollamos en *IdZ 22*, Juan Duarte, “Trotsky y el arte de la insurrección”.

3. León Trotsky, “En defensa de la insurrección de 1905” en Mandel, *Teoría y práctica de la revolución permanente*, México, Siglo XXI, 2009.

4. Ídem.

5. Neil, Heyman, *Leon Trotsky as a Military Thinker*, tesis de posgrado no publicada, Stanford University, 1972, p.64.

6. Durante la llamada revolución de los Jóvenes Turcos en 1908, “(...) la disciplina mecánica del ejército se transformó naturalmente en la disciplina interna de la revolución”. Trotsky consideró entonces al ejército como un factor en la revolución y no se sorprendió al encontrar a los oficiales como iniciadores de la misma, lo que demuestra que su pensamiento no estaba aferrado a una visión basada en la experiencia rusa y en el servilismo del cuerpo de oficiales al régimen zarista. Analizó al ejército turco, como al ruso, como un reflejo de las divisiones sociales del país.

7. El ejército zarista se destacaba por un disciplinamiento brutal, sostenido en azotes y tortura, sobre soldados que no sentían como propio el combate. No es este elemento, claro está, el que recupera Trotsky, quien ve la necesidad de una organización centralizada y entrenada con soldados que compartan el objetivo por el cual pelean.

8. N. Heyman, ob. cit., p.64.